

de Agnolo, su cuñado Nicolás de Puccio, Juan de Tomás, Tomás del Arcipreste, maese Jacobo Modesti, Clemente Salimbeni, Pedro de Mateo, Benedicto del Monte, Miguel de Ramini, Mazzuolo, Lorenzo de Segna, Biagio de Brincone, Bartolomé de Salvador, Lorenzo de Pasquino, Pedro de Pedro, y un maestro, Pablo de Servi, fraile de la casa de los Cini.

OCTUBRE, NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1495.

Monseñor de Lila fué al Burgo de San Marcos y con dificultad pudo conseguir permiso de D'Antraigues para ir á hablarle, acompañado sólo de dos hombres. Cuando llegó á él, le hizo saber la voluntad del Rey (Carlos VIII). D'Antraigues respondió que no entregaría á Pisa sin tener cartas autógrafas del Rey y si monseñor Ligny no le ordenaba expresamente hacerlo.

Pareciendo á los Comisarios que este propósito era terminante, y habiendo carestía de todo, por no poder traer víveres, hicieron saber á la Señoría que el mejor partido era alejarse de Pisa, de cuyo mal resultaría un bien, porque sería entonces más fácil socorrer los puntos amenazados.

Dudaba la Señoría la determinación que debería tomar: de una parte le apremiaba alejar las tropas de Pisa para prevenir el peligro de aquel lado y socorrer otros puntos; de otra comprendía que esta resolución sería objeto de general censura, sabiendo cuánto deseaban los florentinos la continuación del asedio y cuán

grande era su esperanza en el buen éxito de la empresa.

Mientras se discutía el asunto, llegaron nuevas cartas de la corte de Francia relativas á la restitución de Pisa y, queriendo el Consejo de los Diez aprovechar esta oportunidad, las envió inmediatamente al ejército, antes de que hubiera levantado el campamento; pero no produjeron mejor resultado que las primeras, porque los Comisarios no pudieron presentarlas, publicando su contenido por medio de un trompeta para que no tuviera excusa D'Antraigues. En vista de la inutilidad de este recurso, realizaron el primer intento y, levantado el campo, lo trasladaron á Cascina, no por la esperanza de tomar esta plaza, sino para que los pisanos no quedaran completamente libres de la presencia del ejército.

Corrió entonces el rumor de que el Papa, los Orsini y los sieneses querían restablecer la autoridad de Pedro de Médicis en Florencia, y que consentían en ello Juan Bentivoglio y la condesa de Forli; que Virginio Orsino, con todos los suyos, y Pedro de Médicis, seguido de numerosas tropas, habían salido del territorio de Roma, reuniéndose entre Fuligno y Todi; que Pedro se valía de unos veinticinco mil ducados adquiridos en Roma, y que esperaba entrar en Florencia con ayuda de los partidarios que en dicha ciudad tenía. Por estas noticias la Señoría ordenó á los Comisarios que enviaran al conde Ranuccio y al señor Octavio de Manfredi hacia Cortona, y escribió al rey de Francia dándole cuenta de los enemigos que á los florentinos amenazaban; de cómo fortalecía aquéllos el comandante francés de la plaza de Pisa; de la injusta conducta de éste y de la fidelidad de Florencia, comprobada por haber dado últimamente dinero á los Vitelli, que estaban al servicio del Rey.

Fué enviado á Cortona Lucas Antonio de Albizzi, y á Poggibonsi Braccio Martelli, y también se proveyó Valiano, porque se ignoraba por dónde acometería el enemigo; y para hacer frente á muchos que estaban en Romaña, mandaron á Lorenzo de Médicis á Mugello y á Pedro Corsini á Castracaro. Temian por Cortona más que por ningún otro punto, á causa de saberse que Virginio Orsino estaba en Panicherola y había dado dinero á Braccio, á sus hombres de armas y á su infantería; pero comprendiendo la necesidad de socorrerla, el realizarlo era difícil y peligroso. Cortona era fuerte; pero, mal aprovisionada su ciudadela y sin poder batir la población, ni había medio de obligar á la obediencia á los habitantes, ni convenia dejar así las cosas. Se determinó que el conde Ranuccio, Juan Pablo Baglione y la caballería ligera se dirigieran á aquel punto, y llevar además infantería de Valiano y de las guarniciones de todas las plazas del Valle de Chiana, añadiendo otras tropas para formar un ejército que mantuviera obedientes á los de Cortona y contrarrestara al enemigo.

Los Orsini con los rebeldes de Florencia habían avanzado ya en el Perusino hasta Castillo de la Pieve con esperanza de que Constanzo Beccaio, rebelde cortonés, les hiciera entrar secretamente en Cortona, para lo cual entraria primero Constanzo una noche y con sus amigos suscitaria un tumulto que permitiera entregar una puerta á los Orsini.

Convenido este complot, Pablo Orsino con unos cien caballos ligeros y doscientos infantes se dirigió á Cortona. Puesto de acuerdo con él en lo que había de hacerse, se le adelantó Constanzo Beccaio; pero, ya dentro de la población, encontró la ciudad bien guardada por la

diligencia del Comisario y, creyendo haber sido descubierto, huyó sin dar aviso alguno. Pablo Orsino regresó á Castillo de la Pieve.

Al día siguiente supo el Comisario que, durante la noche, se había visto entrar en Cortona á algunos rebeldes; que se había encontrado á corta distancia de la ciudad caballería de los Orsini dirigiéndose á Castillo de la Pieve y, hallando no lejos de los muros muchos pedazos de escala, conjeturó que el enemigo fué con ánimo de apoderarse de la plaza, y le asustó tal intento, por no tener confianza en los habitantes; pero, por otra parte, le tranquilizó la idea de que no debían ser muy fuertes los que vinieron, cuando no se atrevieron á atacarla. Supuso, sin embargo, la existencia de un complot, y puso tantas guardias y espías hasta que al fin averiguó ser Antonio Marcelli, uno de los principales ciudadanos de Cortona, quien había ayudado á entrar á Constanzo. La llegada de los hombres de armas y de la infantería alojados en las inmediaciones, le animó á descubrir á los culpados, excitándole el pueblo mismo á prender y castigar á los traidores. Aprovechando la ocasión y por el deseo de vivir seguro, ó al menos de conocer las verdaderas disposiciones de los habitantes, reunió el Consejo y dijo: «Me habéis rogado muchas veces que descubra á los culpados, etc.» Después de alguna discusión, dijo Lucas que maese Antonio Marcelli era quien había hecho entrar en la ciudad á Constanzo. Al oír estas palabras, *ob mutuere omnes*; pero avergonzados de no determinar nada, después de tantas promesas, encargaron á dos de ellos buscar á Marcelli y, al volver éstos, dijeron que le habían encontrado en casa de un amigo suyo y ordenado venir ante el Comisario, pero

no quiso, por temer, según decía, al Comisario, á causa de haber hecho entrar á Constanzo en Cremona. El intentar unos sublevar la ciudad y no querer otros que se castigara á los culpados, convenció al Comisario de que no podía fiar en los habitantes, y le indujo á emplear la fuerza para sujetarles, etc.

Al mismo tiempo que presentaban á D'Antraigues la carta del rey de Francia, fué enviado Antonio Mellini á la Lunigiana para mostrarla también á los que ocupaban las plazas de Serezana, Serezanello y Pietrasanta. El castellano de Serezana respondió que no le bastaba la carta del Rey para entregar la plaza, y que la de Ligny no tenía la contraseña que habían convenido. El de Serezanello dijo que no tenía encargo de rendirlo sino cuando hubieran sido entregadas Serezana y Pietrasanta. Cuando se debatía este negocio llegó orden de Ligny á dichos castellanos prohibiéndoles entregar las fortalezas porque, hecho el acuerdo entre Francia y la Liga, y necesitando él volver á Nápoles, quería, por seguridad propia, poseer aquellos castillos, y aunque al mismo tiempo llegaron nuevas cartas del Rey, *tamen* no produjeron efecto alguno.

Por entonces vino Fracassa á Pisa, y á la condesa de Imola se le había muerto maese Jacobo (1), gobernador de la plaza y amante suyo, según se decía, no sin escándalo.

Se fugó también en aquel tiempo del campamento Rinier de la Sasseta, convirtiéndose en rebelde de los florentinos.

(1) Jacobo Fei de Savona, su segundo marido.

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1495.

No pudiendo los Orsini ocupar á Cortona por sorpresa como habían intentado, volvieron á Gualdo con sus tropas para vivir á costa de los que hacían alarde de no ser sus amigos, y creíase que Virginio Orsini diferiría atacarnos resueltamente, dando tiempo á que ocurriera algo que excusara su conducta, porque se notaba su falta de deseo en continuar la guerra. Por otra parte, sin grandes motivos no podía romper sus relaciones con Pedro de Médicis, de quien era pariente y con cuyo dinero había equipado sus tropas.

Cuando éste le impulsaba más á obrar, supo Virginio que el Comisario de Cortona había descubierto la traición en la ciudad, intentando en vano castigar á los culpados, y que los cortoneses no consentían la entrada en la población de los hombres de armas.

Estas noticias hicieron confiar á los Médicis en que, si se presentaban ante los muros de Cortona, fácilmente se sublevarían sus habitantes y, alentados por esta esperanza, determinaron marchar adelante, viniendo á acampar á Penicale, y después se presentaron una mañana en Orsaia, á dos millas de Cortona, donde estuvieron en vano hasta la noche, porque el Comisario reunió sus fuerzas al pie del monte y echó fuera de la población á los habitantes de Cortona, con lo cual quitó á los enemigos los medios de aproximarse más á la población, y á los cortoneses los de sublevarse. En vista de ello, Virginio